

ASPECTOS BÉLICOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Military Aspects of the Spanish War of Independence

José María BLANCO NÚÑEZ

Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN)

Fecha de recepción: 20/1/2008

Fecha de aceptación definitiva: 18/5/2008

RESUMEN: El autor trata de exponer los aspectos más relevantes de esta dilatada guerra, tanto desde el punto de vista polemológico, como desde el de la profesión militar, este último concretamente orientado hacia las disciplinas básicas que debe estudiar todo oficial de Estado Mayor, Estrategia, Táctica y Organización. Explica el autor que la Logística, por entonces, era parte integrante de la Estrategia y las Comunicaciones, por rudimentarias, no estaban constituidas como materia básica gestionada por un cuerpo de especialistas. Dada la longitud del artículo, el autor no se ha centrado en las campañas, ni en las batallas, combates y encuentros que en la Península tuvieron lugar.

Palabras clave: Guerra de la Independencia, Guerra Peninsular, Ejército, armada, política, estrategia, táctica, organización, infantería, caballería, artillería e ingenieros.

ABSTRACT: This article shows the most relevant aspects of this lengthy war, both from the polemological point of view, and that of the military profession, the latter specifically oriented towards the basic disciplines that every officer must study: Strategy, Tactics and Organization. At the time, Logistics was an integral part of Strategy, and Communications, still rudimentary, were not yet managed by specialists.

Considering the length of the article, the author has not dealt with the military battles, combats or meetings that took place on the Peninsula.

Key words: Peninsular War, Army, Navy, Policy, Strategy, Tactics, Organization, Infantry, Cavalry, Artillery and Engineers.

ANTECEDENTES POLÍTICO/ESTRATÉGICOS INMEDIATOS

La espectacular victoria de Napoleón en Austerlitz, el día 2 de diciembre de 1805, no paliaría la nulidad de su poder naval, provocada por el desastre del 21 de octubre próximo anterior en nuestras aguas tráfalgareñas. En consecuencia el genial Emperador inventó una figura estratégica que para España, entre otras muchas naciones y estados, tendría fatales consecuencias. En efecto, el día 21 de noviembre de 1806 promulgó en Berlín el «bloqueo continental», declarando a las islas británicas bloqueadas y prohibiendo formalmente todo comercio con Inglaterra, disponiendo el embargo y confiscación de todas las mercancías procedentes de las islas allá donde se encontraran, y que se declarase «buena presa» todo buque que hubiese tocado en Gran Bretaña o en sus colonias. Por si lo anterior fuese poco, todo inglés detenido en el continente debería ser declarado prisionero de guerra.

Inglaterra, explotando el éxito de Trafalgar, que le concedió el dominio absoluto del mar, tomó Ciudad del Cabo, perteneciente, por entonces, a la nueva corona holandesa¹, y desde aquella ciudad, cuya posición le permitía controlar y reforzar su camino imperial a la India, montó la expedición para tomar nuestro virreinato de la Plata, donde fracasó en primer y segundo intento (1806/1807), aunque añadió a su imperial corona isla Mauricio y Ceilán, la Guayana inglesa y varias de las islas españolas de Barlovento.

El Emperador no debía tener fe ciega en su «blocus», que le obligaba a una política de guerras y anexiones territoriales continuas, por lo que aceleró los planes de construcción naval tratando de rehacer sus escuadras. Entre esas anexiones tendría prioridad la de la Península Ibérica para cerrar sus puertos, sobre todo Lisboa, primer punto de apoyo de la ruta marítima imperial inglesa. La italiana estaba en sus manos desde Austerlitz, donde aseguró las costas del Adriático y, como le faltaba la bota, ocupó el reino de Nápoles, donde coronó como rey a su hermano José (30-03-1806).

Aquí, en nuestra patria, Manuel Godoy proponía casi simultáneamente a esa coronación napolitana que acabamos de ver, repartir Portugal, bien en dos, bien en cuatro, pero siempre con un pedazo para él mismo y, en esa misma primavera del 1806, comenzó a tratarse en París de la ocupación de Portugal mediante una operación combinada entre Francia y España, negociaciones que rompió el Emperador sin dar explicaciones, cuando Godoy ya se veía Rey o *Príncipe de los Algarbes* (*sic*), lo que le produjo, lógicamente, amargo resentimiento que le llevó a reeditar la política

1. Antes, había existido la República Bátava (1795 a 1806). Fundada por los franceses y los *Bátavos* (políticos revolucionarios neerlandeses) después de que el último estatúder de las Provincias Unidas, Guillermo V de Orange-Nassau, huyese a Inglaterra tras la ocupación francesa del país el 19 de enero de 1795. La República Bátava fue tributaria de Francia. Napoleón Bonaparte la disolvió, sustituyéndola por el Reino de Holanda y coronando a su hermano Luis.

del eje N/S, ya intentada en su día por Alberoni, uniéndonos a Rusia y Prusia vía Inglaterra, en lo que fracasó estrepitosamente a pesar de haber enviado a Londres al que luego conoceríamos con el sobrenombre de «el divino Argüelles».

Tras su éxito de Jena (14-10-1806), donde aseguró la posesión de las costas del mar del Norte y parte de las del Báltico, y ya en marcha el sistema del «bloqueo continental», Napoleón solicitó al rey de España un cuerpo auxiliar para desplegarlo en el Elba, Carlos IV (léase Godoy) accedió y envió a la división mandada por el Marqués de la Romana, la que con el tiempo terminaría siendo reembarcada en Dinamarca por la escuadra inglesa que la trajo a La Coruña. Con ese refuerzo de su dispositivo nórdico, solamente le quedaban por conquistar las del Oder y del Vístula para posesionarse de todas las desembocaduras de los grandes ríos europeos, Napoleón debilitaba, al mismo tiempo, la posible oposición española a sus pretensiones.

Después de las victorias de Bonaparte en Eylau y Friedland, los tres emperadores firmaron en Tilsit la paz el día 8 de julio del 1807. En una de las cláusulas de dicho tratado, por supuesto secreta, se disponía que al rey de Nápoles, José Bonaparte, se le adjudicaría Sicilia, siempre y cuando los destronados Borbones de Nápoles hubieran adquirido las Baleares, o la isla de Candía (Creta), a título de compensación. Napoleón, como es fácil de deducir, disponía de nuestro territorio sin consultar a nuestros gobernantes, por entonces sus aliados.

Libre, de momento, de sus pares imperiales y decidido a cerrar el bloqueo continental, Napoleón retomó las negociaciones con Godoy y el día 27 de octubre de 1807 se firmó en Fontainebleau un tratado que repartía Portugal así:

- La provincia de Entre Duero y Miño, que se denominaría reino de la Lusitania septentrional, con la ciudad de Oporto, para los destronados reyes de Etruria, que a su vez cedían a Napoleón sus estados italianos.
- La provincia del Alentejo y la del Algarbe (o Algarbes) a don Manuel Godoy, con derechos hereditarios incluidos.
- Las provincias de Beira, Tras os Montes y Extremadura portuguesa se reservaban hasta la paz general, tras la que se ajustaría lo más conveniente para ellas (es decir, para Napoleón).

Se estipulaba para las anteriores que no podrían concertar guerra o paz sin el permiso del rey de España, el cual «asumiría la investidura de dichos reinos si por falta de descendencia en sus poseedores llegaron a vacar»² y preveía también dar a la casa de Braganza el tercer grupo de provincias del párrafo anterior a cambio de Gibraltar, la Trinidad y demás colonias que los ingleses nos habían arrebatado, vinculando a sus posibles reyes con idéntico tratamiento a los de la Lusitania septentrional, Alentejo y Algarbe.

2. CANTILLO, Alejandro del. *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio...* Madrid: 1843, p. 710.

El 18 de octubre de 1807, nueve días antes de firmarse en Fontainebleau el aludido tratado, el Ejército de la Girona, mandado por el general Junot, con 25.000 efectivos, pasaba el río Bidasoa. El plan imperial preveía combinar las columnas francesas con españolas de parecido valor combativo y, por tres ejes separados, conducir las hacia Lisboa para apoderarse de la escuadra y de la familia real portuguesa, de tal manera que las posibles defensas del territorio español quedasen anuladas.

Antes de entrar en Portugal, Junot sumaba a sus fuerzas³ las españolas de las divisiones de los generales Solano (Algarbe) y Caraffa (Setúbal) por el sur, y la del general Taranco (Miño, Oporto y Tras os Montes) por el norte, dejando todavía más mermadas las fuerzas que podrían oponerse a Francia en suelo hispano.

Mientras estaba en Fontainebleau, en esos mismos días previos a la firma del tratado, Napoleón recibió por la valija de su embajador en Madrid una carta del Príncipe de Asturias, de la cual sus augustos padres no tuvieron conocimiento. En ella, el que en seguida sería «el Deseado» le pedía protección y la mano de una princesa Tascher de la Pagerie, prima hermana de la emperatriz Josefina de Beauharnais. Esta primera deslealtad de don Fernando era fruto de la pelea entre los dos «partidos» existentes a la sazón en la Corte madrileña, el del «Príncipe de la Paz» y el del «Príncipe de Asturias», ambos dispuestos a obtener como fuese el favor del Emperador francés. La misiva abría a Bonaparte favorables expectativas para su política.

Enterado S.M. el rey don Carlos IV del proceder de su hijo, procedió a su arresto y a la confiscación de sus papeles. La noticia trascendió y el pueblo de Madrid y de los Reales Sitios, más por odio a Godoy que por devoción a Fernando, manipulado como la ocasión lo requería, se decantaba por los partidarios del segundo. Tras varias idas y venidas de Godoy, el Príncipe pidió perdón a su augusto padre, al tiempo que denunciaba a sus cómplices que fueron juzgados y absueltos, y el asunto terminó, por consejo del «de la Paz» con un «mutis general por el foro».

El Tratado de Fontainebleau no se publicó por orden del Emperador, mientras sus tropas comenzaban a invadir España y en poco tiempo ocupaban las importantes posiciones estratégicas fronterizas de San Fernando de Figueras y Pamplona, para enseguida entrar en Barcelona y San Sebastián. Poco tiempo después, el general Murat, gran duque de Berg, toma el mando del ejército francés de ocupación de España, que el día 29 de abril de 1808 sumaba 111.900 hombres en su estado de fuerza. Previamente, amparada y conducida por la escuadra inglesa, la familia real portuguesa huyó a Brasil el 13 de noviembre de 1807.

3. D'ARRUELLA, José. *10 Invasões espanholas*. Coimbra: 1944. En total sumaban 50.000 hombres.

Los sucesos en Portugal, previos al 2 de mayo de 1808, se desarrollaron así⁴:

- 27 de octubre de 1807. Comenzó la invasión con concentración francesa en Abrantes.
- 29 de noviembre de 1807. Partió la Corte para Río de Janeiro, donde desembarcó el día 21 de enero de 1808. Tres días antes se había establecido un Consejo de Regencia. Abandonaron el país unas 20.000 personas. Entre las cuales, por ejemplo, la Escuela Naval Real al completo.
- 8 de diciembre de 1807. Junot hizo su entrada en Lisboa, la división española de Caraffa tomaba Setúbal en nombre del Príncipe de la Paz⁵ y Oporto por la de Taranco en nombre de la reina de Etruria.
- 1 de febrero de 1808, Godoy y la reina de Etruria fueron burlados por Junot, que suprimió la Regencia y tomó el reino de Portugal en nombre del emperador Napoleón.

Tras el «dos de mayo», las tropas españolas comenzaron a sublevarse, pequeños destacamentos abandonaron a sus oficiales, a los que incluso amenazaron de muerte y se pasaron a España. El día 11 de junio de 1808, el Teniente General portugués Manuel Jorge Gomes de Sepúlveda sublevó contra Junot, desde Braganza, la provincia de Tras-os-Montes que gobernaba. El primero de agosto desembarcó el general Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, en Buarcos, una de las inmensas playas de Figueira da Foz, con 9.000 hombres, a los que se unió la división portuguesa del general Bernardino Freire, que contaba con 8.000. Más tarde llegaría el general Spencer con 13.000, y tras las victorias de Roliça (17 de agosto de 1808) y Vimieiro (21 de agosto de 1808), Junot capituló, se firmó el armisticio de Cintra (30 de agosto de 1808) y finalizó la primera ocupación francesa de Portugal.

Regresemos a España. Con la ocupación francesa en ejecución y dándose cuenta Godoy de la magnitud de los errores cometidos hasta el momento, pretendió «encastillar» a los reyes en Sevilla/Cádiz con las alternativas de Baleares y América, como habían hecho los vecinos reyes de Portugal. Los preparativos de marcha comenzaron el día 13 de marzo y dieron lugar al famoso «Motín de Aranjuez», del que salió Godoy con vida de milagro, que provocó la abdicación de Carlos IV en su «amado» hijo Fernando VII, su posterior «acusación de violencia» e intento de recuperar la Corona, la ida de todos a Bayona (engañados y manipulados por Savary, duque de Rovigo) y la búsqueda por parte de Napoleón de un hermano que se hiciera cargo del trono español, lo cual consiguió, al segundo intento, en la persona del primogénito José. Utilizaremos las palabras de don Carlos Ibáñez de Ibero, marqués de Mulhacén⁶, para resumir todo lo acaecido en Bayona:

4. SIMOËS RODRIGUES, Antonio y otros. *Historia de Portugal em datas*. Lisboa: 1996.

5. OLIVEIRA MARTINS. *Historia de Portugal*. Lisboa: 1972¹⁶, pp. 513-527. Llega a decir que dice que Godoy mandó acuñar moneda en Madrid con su efigie y la frase «Dux algarbiorum».

6. IBÁÑEZ DE IBERO, Carlos. *Episodios de la Guerra de la Independencia*. Madrid: 1963.

Cuando se examina con imparcialidad el desenlace de tan tenebroso asunto dan grima las extravagancias cometidas por ambas partes, el cinismo de Napoleón, su total desconocimiento de la idiosincrasia española, la inconsciencia de Carlos IV y la nulidad de su heredero, como si todos fueren comparsas de una farsa y no cabezas de nación.

Aunque quizás el juicio más certero es el confesado por el propio Emperador en Santa Elena:

De todos modos Carlos IV estaba ya gastado para los españoles, y había que hacer con Fernando lo mismo. El plan más digno de mí y más seguro para mis proyectos, hubiese sido una mediación a la manera de Suiza. Debía dar una Constitución liberal a la nación española y encargar a Fernando de ponerla en práctica. Si la ejecutaba de buena fe, España prosperaría y armonizaríase con nuestras costumbres nuevas. Así el gran fin estaba alcanzado, y Francia adquiriría una aliada íntima, una adición de poder verdaderamente terrible. Si, por el contrario, Fernando faltaba a sus nuevos compromisos, los mismos españoles no hubieran dejado de eliminarle y habrían venido a solicitarme que les diera un rey...⁷.

El dos de mayo estaba servido y la terrible guerra en marcha.

ASPECTOS BÉLICOS

Guerra europea, peninsular, civil, de guerrillas, terrestre, marítima, de religión, de independencia o de liberación nacional... ¿desde cuántas polemológicas ópticas podemos enfocar la guerra que se desató en 1808? De entrada está la definición de Lenin: «Las guerras no se declaran, empiezan» y, efectivamente, mucho antes de su nacimiento, esto se cumplió, ¿o es que el bando que firmaron los alcaldes de Móstoles y que redactó don Juan Pérez Villamil, auditor del Almirantazgo, era una declaración formal de guerra?:

Señores Justicias de los pueblos a quienes se presentase este oficio de mí el Alcalde de Móstoles: ...en Madrid está corriendo ahora mucha sangre; como españoles es preciso que muramos ahora por el Rey y por la Patria... procedamos pues, a tomar las activas providencias..., acudiendo al socorro de Madrid y demás pueblos...⁸.

Guerra europea lo fue sin duda, ingleses, irlandeses, franceses (mamelucos egipcios incluidos), alemanes, polacos, sicilianos, napolitanos, piamonteses, suizos, toscanos, holandeses, flamencos, portugueses y españoles, pelearon sobre la piel de toro, y algunos de ellos en ambos bandos. Además se libró sobre el suelo

7. LAS CASES, Conde de. *Memorial de Santa Elena*. Traducción íntegra del francés por Juan G. de LUACES. Barcelona: 1944, Tomo II, p. 748.

8. Ver el texto completo en PRIEGO LÓPEZ, Juan. *Guerra de la Independencia* del S.º H.º Militar. Ponente, Coronel de E. M. Juan Priego López. II. Madrid: Editorial San Martín, 1972, p. 2.

de tres naciones: Portugal, España y Francia, con decisivas implicaciones de otras, como Dinamarca, de donde vino el marqués de la Romana con sus tropas, o de Rusia, cuya campaña de 1812 (donde por cierto combatieron 4.800 españoles en el bando napoleónico) descongestionó decisivamente la Península Ibérica de tropas galas. La mar no tiene fronteras y en ese momento era inglesa, eso permitió a los ingleses mover con facilidad sus tropas, atrincherarlas en Torres Vedras, utilizar los medios de comunicaciones de la escuadra en tierra, y a Wellington le permitió estudiar con calma para comenzar las timoratas ofensivas que siguieron a su defensiva a ultranza.

Peninsular es su apellido anglo-portugués. Indudablemente para Inglaterra lo fue, incluso algo más, pues comenzó por asegurar Lisboa, quedándose momentáneamente con el archipiélago de Madeira y ordenando a su Compañía de las Indias la ocupación de Goa, y terminó entrando en Bayona de Francia, después de que su Ejército recorriese casi toda España, lo fue también para su ¿aliada?, ¿protegida?, Portugal.

Para nosotros, sin duda, lo fue civil, nuestra especialidad, afrancesados (los liberales que evocaba Napoleón en Santa Elena) contra dinásticos borbónicos, guerrilleros contra regulares, tropas españolas del rey José contra hermanos que suspiraban por el «Deseado». De la de «guerrillas» hay autores norteamericanos que afirman que ellos la inventaron primero en su Guerra de la Independencia de Inglaterra, pero en todo el mundo, hable el idioma que hable, se dice «guerrilla» y eso nació en nuestra patria.

La componente terrestre, continental, fue fundamental a partir del año ocho, cambiando el curso del siglo precedente, cuando las guerras habían sido eminentemente navales o marítimas, la de la «Oreja de Jenkins», la muy desgraciada de los «siete años», la ya aludida de la «Independencia de los Estados Unidos» y la que terminó en Trafalgar. En la que nos ocupa, la Marina, casi aniquilada en Trafalgar donde perdió diez navíos, pero todavía con fuerza si los políticos no la hubiesen rematado, desembarcó casi al completo para incorporarse, a los cuadros de Tierra. Desde un punto de vista totalmente naval, tomó la escuadra Rosilly en la Bahía de Cádiz, ejecutó operaciones menores de bloqueo, aprovisionamiento y desembarco, a veces en condiciones muy duras, en el Cantábrico y cooperó decisivamente, durante toda la guerra, a que Cádiz no cayese en manos imperiales, batalla de Chiclana incluida. La mar, en manos del inglés, permitió el continuo abastecimiento de las tropas de Wellington, los desplazamientos de tropas por vía marítima, baratos y rápidos, el apoyo de fuego naval, las amenazas y amagos de desembarco anfibio y el mantener en jaque constante a todas las posiciones francesas del litoral gaditano, lo que implicó una dificultad recíproca para el abastecimiento francés, que buscó bases alternativas por la actual Costa del Sol.

Bien podemos calificarla también de guerra de religión, Francia representaba a la sazón el «liberalismo», más o menos ateo y más o menos masónico, y aunque ya había pasado la época revolucionaria y aunque el culto ya había sido

restituido, para el fuerte clericalismo español de entonces, francés y demonio eran casi sinónimos. Al respecto recordaremos el catecismo que se publicó en Madrid⁹:

- ¿Qué son los franceses?
- Antiguos cristianos y herejes modernos.
- ¿Es pecado asesinar a un francés?
- No padre; se hace una obra meritoria librando a la patria de estos violentos opresores.

Y también una irónica frase de Oliveira Martins, referente a la entrada de Junot en Lisboa:

Soltou-se logo a anarquia da miséria, e nas visperas da cegada do Anti-Cristo, Lisboa correu o risco de um saque¹⁰.

Pero, para nosotros, es sobre todo de la Independencia de toda España de la ocupación francesa, aborrecida desde Cataluña a Vascongadas por todos los territorios españoles sin excepción y anteponiendo los intereses del conjunto a los particulares de cada territorio, como con tanta generosidad demuestra el bando de la Junta Suprema de Cataluña en su proclama a los habitantes de Gerona (9 de julio de 1808):

Ninguna clase, ningún estado puede eximirse de tomar las armas y organizarse debidamente para repeler la agresión que sufren los derechos del Altar y del Trono, los intereses de la Nación española, su dignidad e independencia¹¹.

Ahora bien, el tema que nos han sugerido nos obliga a analizar los episodios bélicos de esta guerra desde la óptica de las materias básicas que deben conocer los oficiales de un Estado Mayor, es decir: Estrategia, Táctica, Organización. Obviamente la Logística, por entonces parte integrante de la Estrategia (preparación de la guerra) y las Comunicaciones, que eran rudimentarias, aunque ya se utilizaban telégrafos de brazos articulados y de banderas.

ESTRATEGIA

A la aludida estrategia inglesa de la aproximación indirecta explicada por Liddell Hart, oponía el Emperador la de la acción directa, consistente en actuar sobre un eje de operaciones apuntado sobre el corazón del enemigo. Los ejércitos

9. DÍAZ-PLAJA, Fernando. *La Historia de España en sus documentos*. Barcelona: 1971, p. 206.

10. OLIVEIRA MARTINS. *Op. cit.*, p. 518. Traducción de la frase por el autor de este artículo: «Emergió enseguida la anarquía de la miseria y, en las vísperas de la llegada del Anti-Cristo, Lisboa corrió el riesgo de un saqueo».

11. ABELLA, Rafael y NART, Javier. *Guerrilleros (El pueblo español en armas contra Napoleón)*. Madrid: 2007, p. 62, donde ofrecen también los textos, muy parecidos, de Galicia y Vascongadas.

españoles existentes el 2 de mayo de 1808, deberían ser aniquilados con urgencia para impedir que se les incorporasen los levantiscos habitantes periféricos, dispuestos, como enseguida demostraron, al levantamiento general, con o sin armas.

Como comenta Liddell Hart¹², que por británico tiene más mérito, aunque la presencia del ejército expedicionario inglés fue decisiva:

las batallas de Wellington fueron quizá la parte menos efectiva de la intervención del mismo... infligió a los franceses una pérdida de sólo 45.000 hombres... durante los cinco años de campaña... en tanto que según... Marbot, el número de bajas francesas sólo en muertos fue en término medio de 100 diarias durante ese periodo. De aquí se deduce... que la inmensa mayoría de las pérdidas... fueron debidas a la guerrilla.

Por tanto, esos tipos de guerras no se desarrollaron sucesivamente, como suele suceder, se simultanearon entre el 2 de mayo de 1808 y el armisticio de Toulouse de 18 de abril de 1814. «La formal», si así puede denominarse, aliados contra franceses, con campañas esporádicas bien definidas y los espectaculares sitios de heroica resistencia española, y la de guerrillas que ejerció una presión continua e insoportable sobre las tropas imperiales y sobre las del rey José que, al fin y al cabo, era el legítimo de España, éxito achacable, indudablemente, a la estrategia de la aproximación indirecta aplicada por el Reino Unido.

La estrategia de la acción directa aplicada por Napoleón se basaba en los principios siguientes¹³: La Ofensiva a ultranza (principio de la actividad), la economía del tiempo (para llegar en el momento oportuno, al lugar más conveniente, y con más fuerza que el enemigo), la sorpresa, la concentración y un sistema defensivo cuidadosamente proyectado (consistente en establecer a retaguardia del ejército una plaza fuerte que no pudiese ser sorprendida y en la que concentraba lo que hoy conocemos por «medios logísticos»). Para ejecutar sus operaciones en la Península¹⁴, el Emperador diseñó dos ejes, el principal que unía su base de operaciones del país vasco francés (Burdeos, Bayona, Fuenterrabía, Tolosa, Vitoria, Burgos) con la meseta y apuntaba a Oporto (vía Tordesillas, Salamanca y Ciudad Rodrigo) y a Lisboa por Badajoz. Su base secundaria del Rosellón tenía por eje la carretera de la costa en dirección a Valencia. Ambos ejes se unían desde Tolosa a Tortosa, vía Pamplona, Tudela, Zaragoza y Alcañiz. Las bases de operaciones principales del Ejército español quedaron establecidas en Sevilla, Valencia, Zaragoza y Oviedo, desde las cuales se trataría de frenar el avance francés, la victoria de Bailén y las sucesivas derrotas nos dejaron con el eje que corresponde hoy en día a la carretera nacional IV.

12. LIDDELL HART, Basil. *La estrategia de la aproximación indirecta*. Traducida por Carlos Bonet. Barcelona: 1946, p. 162.

13. FULLER, J. F. C. *La dirección de la guerra*. Traducido por César Ibarrola. Barcelona: 1965, p. 41.

14. PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José. *Guerra de la Independencia*. IX. Madrid: 2007, p. 240.

Los ingleses, fuertemente basados a la defensiva en la posición de Torres Vedras (la sierra que domina Lisboa por el NE), disponían de los valles del Duero, Tajo y Guadiana como ejes de penetración en la Península.

Las tropas del rey José, basadas en Madrid, se valieron de las clásicas radiales para intentar sofocar a los insurrectos¹⁵, tratando de dejar abiertos en permanencia los puertos serranos que dan acceso a Madrid, lo que absorbió muchas fuerzas. Al final de la guerra sus ejes principales eran las actuales carreteras nacionales I y IV, a Burgos y a Cádiz, la heroica ciudad que no se doblegó.

Para Napoleón tuvo que suponer una perplejidad horrible la constatación del hecho de que por más derrotas que inflingía al Ejército español, éste, al contrario de lo que ocurría en Europa, no solicitaba armisticio alguno y a veces el remedio victorioso era peor que la enfermedad de la derrota, pues las fuerzas desbandadas pasaban a las devastadoras guerrillas, cuya importancia destacamos más arriba. Por tanto, la búsqueda de la «batalla decisiva» y el alcanzar el primer objetivo («la fuerza organizada del enemigo») se convirtió en angustiosa obsesión imperial. Cuando nos ocupemos de la Organización, comprobaremos este trasiego de tropas que tanto daño hizo al francés.

Con la guerra en marcha y dejando aparte las ya comentadas acciones guerrilleras, la estrategia del Ejército español se basó en la defensiva, inmortalmente conocida como «Los Sitios». Zaragoza y Gerona se llevaron la palma (del martirio, por supuesto) pero no fueron desdeñables los de Astorga, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Tarragona, Salamanca, Burgos, San Sebastián, Pamplona, Monzón, Castro Urdiales y Vivero. La guerra comenzó con dos grandes fracasos franceses, hasta entonces nunca vistos, Bailén y la ya comentada expulsión de Junot de Portugal, lo que obligó al mismísimo Emperador a tomar las riendas en sus manos y entrar en España al frente de su «Grande Armée», despejar el camino a Burgos y, enseguida, lanzando a la caballería polaca cuesta arriba por las empinadas laderas de Somosierra, hasta Madrid. Después, sin completar sus planes, y tras el reembarco del ejército de Moore, general que perdió su vida en La Coruña, regresó a Francia para no volver a pisar España, pues la conjuración parisina y los asuntos del Danubio, le obligaron a dejar lo nuestro en manos de sus subordinados. Nuestras guerrillas, devastadoras de las retaguardias francesas, obligaron a despliegues alargados y al empleo de demasiados hombres en tareas protectoras de convoyes logísticos, y la paciencia defensiva de Wellington, que esperó en Torres Vedras el momento oportuno para pasar a la ofensiva, fueron los factores estratégicos decisivos que terminaron por derrotar al Emperador. Para ser más claros todavía, cuando la segunda invasión francesa de Portugal, el general Massena sólo pudo

15. GUIMBAUD, Louis. *Mémoires du Général Hugo*. Paris: 1934. Estas memorias son muy interesantes para comprender la dureza de estas acciones. El padre del genial novelista, general amigo de José Bonaparte, fue gobernador militar de Ávila durante parte de la guerra, por eso la primera novia del novelista fue española.

llevar 70.000 de los 300.000 franceses que por entonces ocupaban la Península¹⁶. En Santa Elena, el Emperador remataba sus comentarios sobre España, con esta rotunda y conocida frase: «Como quiera que fuese esa infortunada guerra de España fue una verdadera calamidad, la causa primera de las desgracias de Francia»¹⁷.

TÁCTICA

Infantería

Una vez que suena el primer cañonazo, finaliza la Estrategia y comienza la Táctica. En este dominio, Bonaparte prefería el empleo de las grandes masas, resultantes de su empeño en la concentración estratégica, a lo largo de una sola línea de operaciones, confiando en la rapidez para economizar tiempo (dicen que sus soldados exclamaban: «El Emperador prefiere nuestras piernas a nuestras bayonetas», en alusión a las marchas forzadas) y atacando con las fuerzas formadas en columna para encontrar un punto de aplicación donde la superioridad creada decidiese el choque («Fuerza, decía, es la masa por la velocidad»¹⁸) en el cuerpo a cuerpo que, de salir victorioso, era seguido de una metódica explotación del éxito. Las filas napoleónicas eran compactas y su dispositivo profundo. La estocada certera de la Infantería francesa parecía no tener parada hasta que Wellington decidió proteger a la suya estudiando a fondo el terreno en el que debía combatir. Ocultando su línea principal en accidentes geográficos naturales o artificiales, y distribuyendo inteligentemente los tiradores, a los cuales dotó de gran flexibilidad, consiguió con despliegues y formaciones adecuadas una proporción de diez tiradores contra dos, si consideramos un hipotético combate de batallón contra batallón, lo que proporcionó la victoria a la infantería inglesa.

Caballería

La caballería atacaba a la carga. En los tiempos que nos ocupan, la carga solía realizarse por escuadrones formados en dos líneas y con frentes de entre cuarenta y cincuenta caballos. La caballería avanzaba al trote hacia el enemigo, para cargarlo en los últimos cien metros al galope, las rodillas de cada jinete de la fila prácticamente pegadas a las de sus colindantes, el brazo extendido al frente de la primera fila y la punta del sable a la altura de la vista, mientras que en la segunda fila el sable se dirigía hacia atrás y la mano a la altura de la vista para descargar el sablazo sobre aquellos enemigos dejados atrás por la primera fila. Los dragones,

16. PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José. *Op. cit.*, p. 245.

17. LAS CASES, Conde de. *Op. cit.* Barcelona: 1944, p. 749.

18. PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José. *Op. cit.*, p. 246.

que son los caballeros que combaten pie a tierra, o los infantes que montan, húsares y dragones constituían la caballería rápida¹⁹.

La parada de la caballería era el «cuadro» de la Infantería, cuadro que venía de muy antiguo y que con tanta belleza plástica y precisión técnica contemplamos en diferentes medios artísticos, como en la película *Waterloo*. El cuadro se formaba normalmente por batallones completos, su primera fila, rodilla en tierra, los fusiles con la bayoneta calada tratando de traspasar el cuerpo de los caballos, las filas traseras efectuando descargas de fusilería. Contra los cuadros de soldados veteranos, la artillería tiraba para «desmoralizar», la infantería enemiga para diezmar y la caballería cargaba para desbaratar.

Artillería

Emplazando magistralmente la batería de los «hombres sin miedo» contra las partes más vulnerables del Tolón anglo-español de 1793, se dio a conocer al mundo militar el capitán de Artillería Bonaparte. Cuando maduró como general, al igual que vimos para la Infantería, el pequeño corso optó por la concentración sobre la parte de la línea escogida como punto de ruptura para que por la brecha abierta (como en los muros de las ciudades sitiadas) avanzase la infantería con el menor número de bajas posibles y, también para esto, sirvió de escudo el aprovechamiento del terreno que con maestría utilizó Wellington, cuya infantería, abrigada en «el otro lado de la colina»²⁰, sufría menos que la contraria. Veremos enseguida que, durante esta guerra, la artillería española, siguiendo las lecciones aprendidas en los duros terrenos de combate, fue paulatinamente montándose, dejando el ser de «a pie» para transformarse en «volante» y así poder desplazarse durante el combate a la mayor velocidad posible.

ORGANIZACIÓN

Los ejércitos organizados por España en 1810 eran:

- Primero, desplegado en Cataluña.
- Segundo, en Aragón.
- Tercero, en Murcia.
- Cuarto, el bloqueo por los franceses en la Isla de León y Cádiz.
- Quinto, en Extremadura y Castilla.
- Sexto, en Galicia y Asturias.
- Séptimo, en Vascongadas, Navarra y la Castilla de la izquierda del Ebro.

19. SAÑUDO BAÑÓN, Juan José. *Evolución orgánica militar en la Guerra de la Independencia*. *Revista de Historia Militar*, n.º 66, 1989.

20. LIDDELL HART, Basil. *El otro lado de la colina*. Madrid: 1970.

En 4 de diciembre de 1812, estos siete ejércitos pasaron a refundirse en cuatro:

- El Primero conservó todas sus unidades.
- El Segundo, además de las que tenía, incorporó las del 3º anterior.
- El Tercero recibió las de los 4º y 5º anteriores.
- El Cuarto resultó de la fusión de los 6º y 7º.

La Base de Datos sobre las Unidades militares en la Guerra de la Independencia Española, del coronel de Infantería J. J. Sañudo, recientemente publicada por el Ministerio de Defensa, contiene los historiales de 1.600 unidades de todos los ejércitos participantes, lo cual hace imposible seguir en detalle las vicisitudes organizativas sufridas por todas ellas durante los años de guerra. Por ello nos ocuparemos de algunos aspectos poco conocidos. Resumiendo tan amplia y valiosa información podemos afirmar que:

Al comenzar la guerra, España contaba con dos tipos de ejércitos: el que podríamos calificar de profesional o permanente, encuadrado y mantenido por la Real Hacienda, y la Milicia Provincial, que no recibía nada del presupuesto y que movilizó Godoy ante la escasez del erario. Cada provincia armó un regimiento de Infantería, que eran paisanos de «capitán a paje», salvo el Sargento Mayor que era «de carrera». Vascos, navarros, aragoneses y valencianos se negaron a formar ese tipo de unidades, a pesar de las proclamas comentadas más arriba. Por tanto, sólo hubo regimientos provinciales de Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Galicia y Andalucía. Después, venía la segunda reserva que era la Milicia Urbana, que tenía en tiempo de paz ciertas competencias policiales y municipales. También existieron algunas unidades de circunstancias curiosas con nombres tan exóticos como la «Compañía suelta de contrabandistas de Calatayud».

Todas las marinas de los países contendientes aportaron tropa a los campos de batalla. El batallón de marinos franceses de la Guardia Imperial, por ejemplo, quedó casi aniquilado en Bailén. La Armada española se puede decir que «desembarcó» al completo e incluso formó compañías con la maestranza de los arsenales²¹ y las mandó a los distintos frentes. Como botón de muestra diremos que, en junio de 1808, se formaron en El Ferrol tres batallones al mando del brigadier de la Armada don Francisco Riquelme; uno de estos batallones se denominaba «Desterrados» y estaba al mando del capitán de fragata don Manuel Millares. Se incorporaron el día 30 de junio de 1808 en Viforcos (León) al ejército de Galicia del general Blake. En la acción de Espinosa de los Monteros (9 de noviembre de 1808) cayó herido de muerte el brigadier Riquelme²².

21. BENAVIDES MORO, Nicolás y YAQUE LAUREL, José A. *El Capitán General D. Joaquín Blake y Joyes*. Madrid: 1960, p. 142. Con la maestranza de Ferrol se creó una compañía de zapadores.

22. Falleció en Santander a bordo de la fragata *Venganza* que le debía evacuar a El Ferrol.

Dos comandantes de buque en el combate de Trafalgar, don Felipe Jado Cagigal, que montaba el *San Agustín*, y don Cayetano Valdés, del *Neptuno*, mandaban, respectivamente, la 1.^a División del 6.º ejército (Galicia) y una brigada de la división asturiana del general Acevedo, integrada en el ejército de Castilla del general Cuesta, cuando se dio la batalla de Medina de Rioseco. Ambos se emplearon también con extraordinaria bizarría en la de Espinosa de los Monteros, en la que don Cayetano cayó herido como, en su día, había caído sobre la cubierta del navío a su mando. Don Felipe fue herido más tarde en el encuentro de Villafranca del Bierzo.

Las armas y cuerpos del Ejército español estaban organizados como sigue:

La infantería

Constaba de regimientos de línea y de Infantería ligera, que solían formarse con soldados de baja talla, a veces provistos de mosquetes cortos, y que trataron de emular a los *voltigeurs* franceses aunque, estos últimos, estaban adiestrados para montar a la grupa caballos.

Regimientos de Infantería de las milicias provinciales y urbanas.

Granaderos, que constituían la elite de la Infantería: se buscaba para nutrir sus compañías a soldados altos. En esta guerra, el granadero lanzando sobre el terreno granadas de mano había quedado descartado, solamente llevaban granadas en la defensa de las ciudades. Las compañías regimentales de infantería formaban columnas de granaderos, cazadores, tiradores o infantes ligeros.

En las milicias urbanas encontramos compañías de escopeteros.

Los Guías eran los conocedores prácticos del terreno y los gastadores de Infantería (ocho por compañía; treinta y dos por batallón) constituían la unidad de exploración, por cierto, muy mal empleados al principio de la guerra, por lo que se trató de ir copiando el sistema francés.

Regimientos de Infantería de Marina, en un principio conocidos bajo el nombre de Legión Real de Marina (del 1.º al 6.º, dos por cada Departamento Marítimo).

Tropas de la Real Casa: Consideradas también de elite, existían los seis Regimientos de Infantería de Línea de las Reales Guardias Españolas, Walonas, Suizas, Irlandesas e Italianas (de los dos últimos, los efectivos eran en su inmensa mayoría españoles, de los antiguos regimientos quedaba solo el nombre).

Inválidos, mutilados o cansados, de campañas anteriores que venían a constituir una especie de cuarta reserva.

Por último, se creó una gendarmería (con diversos nombres) especie de policía militar.

Caballería

Regimientos de línea, cuya élite son los «carísimos» coraceros (los petos tenían precios prohibitivos para nuestra arruinada Hacienda), y de caballería ligera, compuesta de húsares, cazadores y, más tarde de 1808, lanceros.

Granaderos a caballo.

Dragones, que constituían instituto armado diferenciado. Para unos son caballeros que combatían a pie y para otros infantes que se desplazaban a caballo.

Guías, como en Infantería.

Antes de las expediciones a Dinamarca y Portugal²³, contábamos con 15.623 jinetes pero solamente con 10.000 caballos que, en relación a los 150.000 infantes por entonces encuadrados, supone una bajísima proporción. Lo correcto hubiese sido tener, para esa Infantería, entre 30 y 37.000 caballeros.

La Caballería contaba desde 1805 con 24 regimientos (doce de línea, ocho de los independientes, como ya comentamos, dragones, dos de cazadores y dos de húsares). Parece ser que la primera unidad de lanceros fue la de «Cazadores de Ubeda», creada en marzo de 1811, en seguida aparecieron las unidades de lanceros de Extremadura y las de Castilla.

Hay que añadir a las anteriores fuerzas, la Guardia de Corps, caballería con la misión de dar guardia a las personas reales, y los Carabineros, que cubrían la carrera por donde pasaba el rey, o su familia.

Entre las milicias montadas encontramos unidades de cazadores a caballo, montaña y «francos de Andalucía», y las ya mencionadas de lanceros, entre otras.

La artillería

De montaña, a lomo, con cañones de 2 y 3, y de campaña con piezas de 4 a 12, en montajes de rueda grande. La artillería volante, a caballo, se creó para el acompañamiento de la Caballería. Al principio de la guerra todas las unidades eran de a pie y al final de ella, casi todas volantes. Efectivamente, la organización de 1808 contaba con cinco regimientos a pie²⁴. En 1809 se crea la 1ª brigada a caballo, con los efectivos de la «brigada maniobrera» creada en el mismo 1808, y al año siguiente la 2ª. En 1813, se crearon otros seis escuadrones a caballo y para las plazas existían las brigadas y compañías de artillería fija. Esta última, dotada con cañones de 18.^a y 24.^a. La de plaza era idéntica a la naval, cureñas incluidas. La de sitio tenía que ser instalada sobre montajes de rueda grande. El Cuerpo de Artillería contaba en 1808 con trescientos ochenta y ocho oficiales en la Península y con

23. STAMPA PIÑEIRO, Leopoldo y otros: *Un eco de clarines. La Caballería española*. Madrid: 1992.

24. HERREO Y FERNÁNDEZ-QUESADA, María Dolores y otros. *Al pie de los cañones. La Artillería española*. Madrid: 1994.

ciento noventa y siete en Indias, Filipinas y Canarias. Además tenía los cadetes del Real Colegio de Artillería de Segovia.

Los ingenieros

Los Ingenieros del Ejército de entonces, como los de la Armada, constituían un cuerpo facultativo, sin suboficiales ni tropa, por entonces reducido a ciento setenta y seis oficiales. Se ocupaban de todos los trabajos de fortificación, construcción, etc. En seguida se creó el Regimiento Real de Zapadores Minadores, cuerpo, por ejemplo, que nunca existió en el Ejército británico. Por entonces no existía una especialidad de transmisiones o comunicaciones, cada ejército organizaba sus estafetas. Muchos oficiales de Marina, desembarcados, fueron destinados a los estados mayores de los diversos ejércitos, con cometidos de «transmisiones».

PUNTO FINAL

Dejemos al «Sire» que explique su fracaso, en la dolorosa soledad de Santa Elena:

Después de Erfurt con Alejandro, Inglaterra había de ser constreñida a la paz por la fuerza de las armas o por la razón... entonces el desgraciado asunto de España volvió súbitamente la opinión contra mí y rehabilitó a Inglaterra. Esta pudo ya continuar la guerra; los recursos de la América meridional se le abrieron (es decir el Blocus continental fue inútil); pudo crearse un ejército en la Península y desde entonces se convirtió en el agente victorioso y el temible núcleo de cuantas intrigas pudieron formarse en el Continente. ¡Es la guerra de España la que me ha perdido!²⁵.

Y ese recién creado ejército de la Península, unido a la mortífera acción de la guerrilla y al hecho de que el propio Emperador, tras su arrollador paseo hasta Madrid, no regresase más a nuestro territorio dejando las campañas ibéricas en manos, si no inexpertas, quizás menos hábiles, nos proporcionó una victoria a la que siguieron amargos tiempos absolutistas, años mal llamados, revoluciones sin cuento, guerras de emancipación, miseria y atraso nacional y militarismo político... Entrábamos en el XIX con el desprecio y el olvido de los ingratos de Viena, y perdiendo el tren de la revolución industrial...

25. LAS CASES, Conde de. *Op. cit.*, Barcelona: 1944, p. 749.